

«TODO LO QUE LA FILOSOFÍA PUEDE HACER ES DESTRUIR ÍDOLOS»

Roberto Vivero Rodríguez
Editor de [Ápeiron Ediciones](#)
info@apeironediciones.com

WITTGENSTEIN, Ludwig (2014), *Escrito a máquina*, (traducción, introducción y notas críticas de Jesús Padilla Gálvez), Madrid, Trotta, 694 pp. ISBN 978-84-9879-559-2

Entre 1929 (año en el que se doctora con el *Tractatus* como tesis) y 1933, Wittgenstein, ya en Cambridge, escribe este volumen que él mismo denominaba «mi libro», en el que revisa lo que considera erróneo en el *Tractatus* y avanza ideas y conceptos claves en su futura visión filosófica (perspicuidad, concepto borroso, parentesco o familia de términos, forma de representación, pp. 260, 265, 270/n. 16, 633), aunque años más tarde calificará de «insatisfactorio» (pp. 9-10) este volumen articulado en diecinueve capítulos o divisiones temáticas que van desde la «Comprensión» y el «Significado», hasta los «Fundamentos de las matemáticas» y el «El infinito en las matemáticas. El punto de vista extensional», pasando por la misma «Filosofía» y la «Fenomenología».

En su introducción, Jesús Padilla quintaesencia la importancia del *The Big Typescript* compendiando en cuatro puntos la postura de Wittgenstein: «el significado de una palabra puede llevar enclaustrado un enunciado [...] el significado de una palabra solo se puede conocer en la comunicación [...] una palabra puede ser explicada de múltiples formas [...] En un momento dado en la comunicación se hace necesario explicitar lo que se entiende por coincidencia, correspondencia o ser congruente» (pp. 16-17). Y perfila la imagen de la tarea del filósofo recordándonos su lema, «En el lenguaje se expresa [se gesta] todo» (p. 11, [372]), su meta y su método: aclarar las reglas gramaticales mediante el análisis de las mismas para llegar a una filosofía perspicua a través de un auténtico trabajo fenomenológico como antídoto contra la pereza y la laxitud para, así, librarnos de los engaños con los que los modos de expresión usados y las falsas analogías nos seducen (pp. 11-13). «Por esta razón traza en este libro una fisonomía del error» (p. 12). Sin olvidar la importante cuestión del estilo, del cómo de la investigación: este libro «dice cosas de maneras diferentes porque habla de cosas diferentes [...] se está expresando de otro modo porque se refiere a cosas distintas a como se expresa la tradición» (p. 15).

Los estudiosos de la obra de Wittgenstein no podrán prescindir de las críticas que este hace en estas páginas a su *Tractatus*, por ejemplo al atomismo lógico según el cual «un hecho es un complejo de objetos» (p. 59) y a la idea de que «la figuración es una concordancia de la forma» (p. 205), pues tratamos aquí de la cuestión de la concordancia de pensamiento y realidad, sobre la que ahora declara Wittgenstein «Como todo lo metafísico, la armonía (preestablecida) entre el pensamiento y la realidad ha de encontrarse en la gramática del lenguaje» (p. 205) y «Esta afinidad es justamente la armonía entre la realidad y el pensamiento que corresponde en realidad a una forma de nuestro lenguaje» (p. 365). A la luz del «principio de todos los principios» wittgensteinianos, «En el lenguaje se gesta todo», es posible afirmar «Para nosotros la gramática es

un cálculo puro. (No es la aplicación de un cálculo a la realidad.) [...] La gramática persiste como un cálculo flotante libre que únicamente puede ser extendido, pero no apoyado. La “conexión con la realidad” solamente extiende el lenguaje, pero no lo constriñe a nada» (pp. 514, 515). De alguna manera, resuenan en nuestros oídos como un canto de incomprensión mayúsculo las palabras que Russel escribió en su obituario a la muerte de Wittgenstein: «En la época anterior a 1914 se ocupaba casi exclusivamente de lógica. Durante la primera guerra, o quizá inmediatamente antes, cambió su perspectiva y se convirtió más o menos en un místico, como puede apreciarse aquí y allí en el *Tractatus*» (en *Mind* LX, 239, julio 1951, p. 298; recogido en Wittgenstein, Ludwig (2012), *Tractatus logico-philosophicus*, (trad. Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera), Madrid, Alianza, p. 23). El hecho de repetir que *The rest is silence* no parece adecuarse con la descripción de místico dedicada a quien afirmó, en los años de la redacción del *Escrito a máquina*, «Las cosas están ahí de modo inmediato ante nuestros ojos, ningún velo las cubre. Aquí se separan la religión y el arte [...] Para mí, por el contrario, la claridad, la transparencia, es un fin en sí. No me interesa levantar una construcción, sino tener ante mí, transparentes, las bases de las construcciones posibles» (Wittgenstein, Ludwig (2013), *Aforismos*, (trad. Elsa Cecilia Frost), Barcelona, Austral, pp. 40, 42).

Lo que aquí está en juego es, como siempre en filosofía, preguntarnos, una y otra vez, qué es la filosofía, qué es un filósofo, cuál es su tarea, y pensando esto quizá sea como mejor podemos aprovechar la lectura de este —y de todos— libro filosófico, haciendo caso, entonces, de las palabras del propio Wittgenstein en uno de sus textos más hermosos, el prólogo a sus *Investigaciones filosóficas*: «No quisiera con mi escrito ahorrarles a otros el pensar, sino, si fuera posible, estimular a alguien a tener pensamientos propios» (Wittgenstein, Ludwig (2012), *Investigaciones filosóficas*, (trad. Alfonso García Suárez y Ulises Moulines), Barcelona, Crítica, p. 15).

Intentemos entender qué es la filosofía para Wittgenstein en sus propias palabras: «En filosofía tampoco podríamos lograr ninguna generalidad mayor que la que expresamos en la vida y en la ciencia. (Esto es, también aquí dejamos todo tal y como está) [...] La filosofía tiene que ver con los lenguajes existentes y no tiene por qué pretender especular con un lenguaje abstracto» (p. 100); «Siempre se corre el peligro en filosofía de proporcionar una mitología del simbolismo, o de la psicología. En lugar de decir simplemente lo que todos sabemos y tenemos que admitir» (p. 167); «“Que tres negaciones dan lugar a una negación tiene ya que estar contenido en la única negación que uso ahora”. Pero ¿no estoy aquí interpretando una vez más? (Es decir, ¿no estoy inventando un concepto, un *mito*?)» (p. 182); «El pensamiento dura tanto como su expresión. Porque la expresión es el pensamiento» (p. 244); «Se podría preguntar: si no nos esforzamos por una precisión ideal frente a lo cotidiano, ¿por qué manipulamos la gramática de nuestro lenguaje? Y la respuesta es: intentamos liberarnos de las preocupaciones filosóficas y lo hacemos poniendo de relieve las diferencias que oscurece la gramática del lenguaje ordinario» (p. 276); «Considero el lenguaje y la gramática como cálculo, es decir, como un procedimiento de acuerdo a reglas fijas. [...] Queremos eliminar confusiones e inquietudes que se deriven de la dificultad de pasar por alto el sistema de reglas» (p. 277); «Solo de la palabrería se debe guardar uno en filosofía» (p. 344); «Porque no debemos asumir absolutamente ninguna tendencia a cualquier visión particular de las cosas, sino que tenemos que aceptar todo lo que cualquier persona haya dicho alguna vez, excepto en la medida en que tuviera un punto de vista particular o una teoría» (p. 345); «[...] prescindo de una cierta combinación de palabras como carente de sentido. [...] Puede ser tan difícil no usar una

expresión como contener las lágrimas, o un arrebató de cólera [...] Lo que ha de vencerse no es una dificultad del intelecto, sino de la voluntad [...] El trabajo en filosofía es justamente [...] más un trabajo sobre uno mismo» (p. 397); «Filosofar es: rechazar falsos argumentos» (p. 399); «Reconducimos de nuevo las palabras de su uso metafísico a su uso correcto en el lenguaje» (p. 401).

El filósofo no ha de abusar del lenguaje, no ha de caer en la palabrería, ha de huir tanto del carácter irreflexivo del uso cotidiano del lenguaje (del engaño) como del sofisticado del sofista (del engaño y el galimatías), ha de evitar creer y crear mitos, ha de trabajar sobre sí mismo. En definitiva, ha de ser justo: así reza el título del apartado 89: «Método de la filosofía: la representación perspicua de las cuestiones de hecho gramaticales. El fin: transparencia de los argumentos. Justicia» (p. 404). Es decir, «(Nuestra tarea es solo ser justos. Esto es: solo tenemos que señalar y resolver las injusticias de la filosofía, pero no establecer nuevos partidos –y nuevos credos-)» (p. 408); «(En filosofía es difícil no exagerar.) [...] Un problema filosófico consiste en tomar conciencia del desorden de nuestros conceptos y mediante el orden superarlo. [...] Tal como yo profeso la filosofía, su tarea general consiste en configurar la expresión de modo que ciertas inquietudes desaparezcan [...] Si estoy en lo cierto, los problemas filosóficos deben ser completamente resolubles, en contraposición a todos los demás» (p. 409); «¿No es nuestro principio: no hacer uso de ningún *concepto* donde no sea necesario?» (p. 612). El filósofo, en resumen, ha de ir «a las cosas mismas», y tal vez lo primero entre las cosas sea el lenguaje: «La investigación de las reglas del uso de nuestro lenguaje, el conocimiento de esas reglas y su representación perspicua, equivale a lo mismo, esto es: produce el mismo efecto, que el que a menudo se intenta lograr mediante la construcción de un lenguaje fenomenológico» (p. 423).

No salirse de las cosas, seguirlas con el pensamiento, decirlas con claridad, sin creer ni crear mitos ni credos ni ídolos: «Todo lo que la filosofía puede hacer es destruir ídolos. Y esto significa no crear ninguno nuevo – por ejemplo, “en ausencia de un ídolo”» (p. 403). ¿Cómo se hace esto? ¿Cómo se hace filosofía? ¿Qué hace, cómo lo hace, por ejemplo, Wittgenstein? «Cuando describo ciertos juegos del lenguaje simples, no lo hago de modo que pueda después sobre ellos construir el proceso del lenguaje ya conformado [...] pues ello desemboca solo en injusticias. – Más bien, presento los juegos como tales y permito que irradian sus esclarecedores resultados sobre los problemas considerados» (p. 222). He aquí, pues un método. ¿O un método puede ser también un ídolo? Empieza a sonar aquí algo, o, más bien, parecen dos sonidos: uno a hueco y el golpe de quien llama a la puerta. Wittgenstein escribe en el prólogo de su «álbum»: «Que lo mejor que yo podría escribir siempre se quedaría sólo en anotaciones filosóficas [...] Y esto estaba conectado, ciertamente, con la naturaleza misma de la investigación» (*Investigaciones filosóficas*, *op. cit.*, p. 11). No se trata solo de un ir en zigzag, se trata de algo más: «¿De dónde obtiene su relevancia esta reflexión, pues parece destruir únicamente todo lo sugestivo, esto es: todo lo grandioso e importante? (En cierto modo, todo el edificio, dejando solo trozos de piedra y escombros.)» (p. 401). Destruir ídolos, destruir el edificio, escribir en zigzag, y, al mismo tiempo, pasar por un estilista. ¿Dónde queda, como parte de la tarea de justicia, aquel eliminar inquietudes? ¿Acaso la destrucción aquieta? ¿O habrá que destruir para despejar el terreno, para dejar al aire el fundamento —o su ausencia— sobre el que se elevan las construcciones? ¿Y qué son, entonces, estas construcciones? «Los seres humanos se encuentran embrollados en la red del lenguaje y no lo saben» (p. 651). Embrollados en una lucha: «Luchamos con el lenguaje. Estamos en lucha con el

lenguaje» (*Aforismos*, *op. cit.*, p. 48). Wittgenstein alcanza su clímax cuando afirma: «Seducido por los sustantivos, creemos en una sustancia. De hecho, cuando le entregamos las riendas al lenguaje y no a la vida, entonces surgen los problemas filosóficos» (p. 486).

Llaman a la puerta y es hora de abrirla. Hay que hablar de aquellos ídolos del lenguaje del *Novum Organum*. Pero hay que hablar en serio: «Otra curación, a veces es incluso más apetecida por mí, es *auscultar a los ídolos*... Hay más ídolos que realidades en este mundo»; «Yo desconfío de todos los sistemáticos y me aparto de su camino. La voluntad de sistema es una falta de honestidad»; «Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática...». No es, todos lo sabemos, Wittgenstein, sino otro filósofo con un martillo en la mano para descubrir lo hueco y destruir los ídolos (Nietzsche, Friedrich (2010), *Crepúsculo de los ídolos*, (trad. Andrés Sánchez Pascual), Madrid, Alianza, pp. 32, 38, 55). El mismo que dejó dicho: «*Peligro del lenguaje para la libertad espiritual*. — Toda palabra es un prejuicio» (Nietzsche, Friedrich (2014), *Humano, demasiado humano*, vol. II, (trad. Marco Parmeggiani), en *Obras completas*, vol. III, Madrid, Tecnos, p. 393). Tanto Wittgenstein como Nietzsche conocían la necesidad absoluta de la destrucción. ¿Es esta, pues la tarea del filósofo; es la filosofía únicamente destrucción de ídolos? Pero, entonces, ¿dónde queda la eliminación de las inquietudes filosóficas? Y aquí se abre el abismo: donde Wittgenstein dice «Lo insólito de la intranquilidad filosófica y su solución podría parecer que es como el sufrimiento del asceta que mantiene levantado un pesado globo entre gemidos y al que un hombre lo alivia al decirle: “Déjalo caer”» (p. 405), Nietzsche sentencia: «¿Puede un *asno* ser trágico? - ¿Sucumbir bajo un peso que no se puede ni llevar ni arrojar?... El caso del filósofo» (*Crepúsculo de los ídolos*, *op. cit.*, p. 35).

¿Sabemos ya qué es la filosofía y qué es un filósofo? Parece que tanto Wittgenstein como Nietzsche quieren liberarnos de los errores, de las trampas del lenguaje, del encantamiento de los ídolos, y lo hacen sin voluntad de sistema, destruyendo a su paso, adhiriéndose a las cosas mismas para ser justos: Wittgenstein acuñando frases que en su iluminadora claridad pasan, sin serlo, por aforismos; Nietzsche forjando aforismos que muchas veces nos ciegan; Wittgenstein diciendo que la tarea de aclarado es la propia del filósofo; Nietzsche repitiendo que para ser filósofo hay que dejar de ser filósofo... ¿Podremos salir de dudas? Tal vez haya que dar un paso atrás para ganar perspectiva, para ir al fondo —al principio— de la cuestión. «Cuando se leen los diálogos socráticos se tiene el sentimiento: ¡qué espantosa pérdida de tiempo! ¿Para qué estos argumentos que nada prueban y nada aclaran?» (*Aforismos*, *op. cit.*, p. 51). ¿Qué encontramos al principio de la filosofía, o, mejor dicho, de los primeros filósofos? ¿Al payaso Sócrates y al sofista Platón, como nos advierte Nietzsche? Tal vez la cosa sea así —pero no tan sencilla. «Los filósofos son a menudo como niños pequeños que primero garabatean trozos sin ton ni son en un papel y después preguntan a un adulto “¿Qué es esto?”» (p. 415). Si los filósofos son niños, niños que juegan con el lenguaje, niños que más que no saber han olvidado o no pueden recordar («El aprender filosofía es *realmente* un recordar. Recordamos que hemos usado realmente las palabras de esta manera», p. 407), entonces valen las palabras de aquel anciano sacerdote: «¡Ay!, Solón, Solón, ¡los griegos seréis siempre niños!, ¡no existe el griego viejo! [...] Contrariamente, siempre que vosotros, o los demás, os acabáis de proveer de escritura y de todo lo que necesita una ciudad, después del período habitual de años, os vuelve a caer, como una enfermedad, un torrente celestial que deja sólo a los iletrados e incultos, de modo que nacéis de nuevo, como niños, desde el principio [...]

Lo habéis olvidado porque los que sobrevivieron ignoraron la escritura durante muchas generaciones» (Platón (2011), *Timeo*, (trad. Francisco Lisi), en *Diálogos II*, Madrid, Gredos, pp. 809-810). ¿Qué es, pues, la filosofía, y qué un filósofo? ¿Qué distancia hay entre el niño que juega explorando posibilidades de Nietzsche y «Creo haber resumido mi posición con respecto a la filosofía al decir: de hecho, sólo se *debería* poetizar la filosofía» (*Aforismos*, *op. cit.*, p. 66)?